

VÍCTOR JIMÉNEZ

**CON TODAS
LAS DE PERDER**

Con collages de JUAN LAMILLAR

Selección de José Luis Rodríguez Ojeda

Prólogo de Antonio García Barbeito

Libros Canto y Cuento

LA COPLA, EN LA SANGRE

QUIZÁ el primer asombro nos llegó con Bécquer y aquellos cinco versos, tan pesimistas como tantas composiciones suyas: “Mi vida es un erial, / flor que toco, se deshoja; / que en mi camino fatal, / alguien va sembrando el mal / para que yo lo recoja.” O los cuatro, millones de veces repetidos, de “Por una mirada, un mundo...” Estos octosílabos, como aquella quintilla, nos sonaban a copla. Pero, ¿iba Bécquer a escribir coplas, si era un poeta romántico, culto? Considerábamos entonces la copla como algo menor, y no arte menor, sino menor a secas, sin arte; algo improvisado por el pueblo, y aunque a veces el pueblo llegaba a lo más hondo del saber, copla al fin, composición menor. Pero a partir de Bécquer empezaron a llegar más poetas, sobre todo andaluces: García Lorca, los Machado, Juan Ramón, Alberti, Pemán, Cernuda... Y, al leerlos, a todos fuimos encontrándoles la “debilidad” de alguna copla o de versos que sonaban como tal. En *El Llanto*, Federico necesita el latigazo de tres versos que suenen como el restallar de una soleá, para contar el pavor ante “la sangre derramada”: “Dile a la luna que venga, / que no quiero ver la sangre / de Ig-

nacio sobre la arena.” ¿Arte menor? ¿Por qué, porque son tres octosílabos? Nos negamos a reconocerlo así. Consideramos que cuando el verso es grande, hay arte mayor que se impone más allá del metro. ¿No es una barbaridad llamar de arte menor a estos tres versos de Antonio Machado: “Por darle al viento trabajo, / cosía con hilo doble / las hojas secas del árbol”? Y si el Machado es Manuel, ya me dirán la dimensión de esta copla: “Tengo un querer y una pena. / La pena quiere que viva; / el querer quiere que muera.”

No sé qué tienen los poetas andaluces –será cosa de la sangre–, que no pueden vivir sin colocar una copla entre sus versos. Una o muchas. Juan Ramón trabaja el octosílabo con sonido de copla, y lo trabaja Luis Cernuda, y lo trabaja Rafael Alberti, y, más acá, lo trabajan los Murciano, y Alcántara, y Carlos Muñiz, y José Luis Tejada, y Aquilino Duque, y Rafael Montesinos –“Buscaría aquellas piedras / y en aquel mismo camino / tropezaría con ellas”–, y muchos más. Y, claro, por esta razón, Víctor Jiménez, que es un poeta culto, enorme en el arte mayor, tiene dentro sonidos de copla.

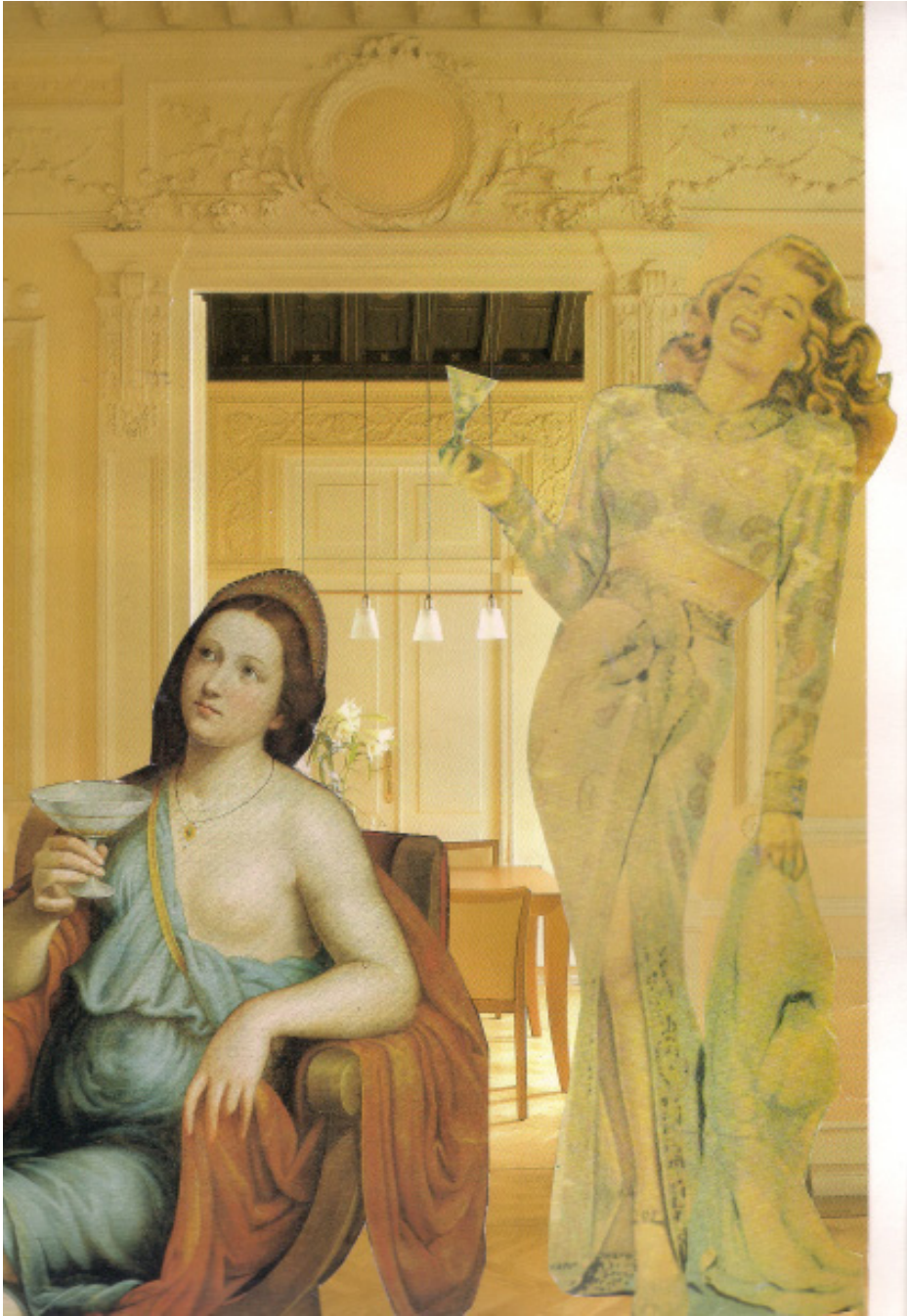
Hemos dicho antes que hay octosílabos que tienen dimensión de arte mayor, de endecasílabos. Es cierto. Pero digamos también, y pondremos algún ejemplo, que hay versos de arte mayor que suenan como coplas. ¿Nos vale Manuel Machado?: “Que la vida se tome la

pena de matarme, / ya que yo no me tomo la pena de vivir...” Pura copla alejandrina. Pero vayamos a Víctor Jiménez. Víctor, en su libro *Taberna inglesa* (2006), escribe así unos endecasílabos que, conociéndolo como lo conozco, sé que llevan dentro una intención de copla: “Sabiedo, como sé, que tú me esperas... / y que yo tenga que pasar de largo / cuando pasa mi sombra por tu vera.” Copla de endecasílabos. En el mismo libro, nos encontramos, como intencionadamente colocada entre los poemas, esta copla: “Nos va separando el tiempo. / Tú siempre los mismos años / y yo los que voy cumpliendo.” En la antología (1984–2008) que le editó Renacimiento, dice el poeta en una antítesis: “¿Se canta lo que se pierde? / Siempre que derramo el alma, / el frío la vuelve nieve. / Se pierde lo que se canta.” Y más coplas, en otros libros. No podía, pues, el poeta dejarnos sin un libro de coplas... Maticemos: en este caso, composiciones de tres versos octosílabos... que suenan muy bien. El poeta no las ha escrito para que se canten, entre otras razones, supongo, porque cantan solas. La copla –la copla culta, ojo– se le viene a la boca como un golpe de memoria de la necesidad remota de su gente, su pueblo, su sangre. Ha hecho muy bien Víctor con presentarse en *Con todas las de perder* con los argumentos del verso octosílabo resuelto en soleá, inevitablemente. Ha hecho bien porque no sería justo –ni para él, ni para la poesía– que estos

¿Que cómo me va la vida?
Mejor que no te la cuente,
por no contarte mentiras.

Cuando ya pesan los años,
se te hace cuesta arriba
saber que vas cuesta abajo.

Cuando te rompen los sueños
y dura tanto la noche,
¿quién no da palos de ciego?



Hay quien apenas si vive
siempre pensando en la muerte.
¡Qué manera de morirse!

Tiene memoria la muerte
y no se olvida de nadie.
¡Qué mala memoria tiene!

Quien quiera correr, que corra.
Que yo estoy durmiendo aquí
a la vera de mi sombra.

